

JOAN

Paisaje, identidad y globalización

NOGUÉ

Los actuales procesos de globalización, en cualquiera de sus manifestaciones, han desatado una sorprendente e inesperada tensión dialéctica entre lo local y lo global. Vivimos un intenso proceso de fragmentación territorial y de resurgimiento de las identidades colectivas en un mundo cada vez más globalizado, y asistimos a una excepcional revalorización de los lugares —de los territorios— en un contexto de máxima globalización. La globalización se expresa a través de la interrelación entre las fuerzas de la comunidad global y las de la particularidad cultural, en una tensión continua entre fragmentación y homogeneización. Es sorprendente, pero lo cierto es que, en lugar de mermar el papel del territorio, la internacionalización y la integración mundial, han aumentado su peso específico (Nogué, Vicente, 2001).

Aún no conocemos muy bien los mecanismos, pero el hecho es que las interconexiones entre las fuerzas globales y las particularidades locales alteran las relaciones entre identidad, significado y lugar. Es un hecho —y es necesario saber por qué es así— que, pese a la creciente homogeneización de la producción cultural internacional, aún hay muchos y diversos espacios de resistencia que expresan sentimientos de comunidad, sentimientos de identidad, en definitiva. No sabemos por qué eso es así, lo que explica el hecho que cada vez haya más

interés por entender de qué manera los seres humanos crean lugares en el espacio y cómo los imbuyen de significado; cómo y por qué las sociedades contemporáneas redescubren, reivindicán, reinventan lugares. Necesitamos explorar mucho más la experiencia de estar situados en el mundo, la experiencia de ocupar una porción del territorio determinada que denominamos, genéricamente, lugar. El lugar —el territorio— proporciona el medio principal a través del cual damos sentido al mundo y a través del cual actuamos en el mundo. Cuando creamos lugares en el espacio geográfico, cuando «vivimos» estos lugares, creamos identidades. Hablar de lugar, por tanto, es hablar de identidad, porque la identidad no va sólo asociada a características tales como el sexo, la etnia o la lengua, sino también al espacio geográfico.

La gente afirma, cada vez con más insistencia y de forma más organizada, sus raíces históricas, culturales, religiosas, étnicas y territoriales. Se reafirma en sus identidades singulares. La gente defiende sus lugares frente a la nueva lógica de los espacios sin lugar, de los espacios de flujos propios de la era informacional en la cual ya estamos plenamente inmersos. La gente reclama su memoria histórica, la pervivencia de sus valores y el derecho a preservar su propia concepción del espacio y del tiempo. «Pensar globalmente y actuar localmente» se ha convertido en una consigna fundamental, que ya no satisface sólo a los grupos ecologistas, sino también a los planificadores de las ciudades y de las regiones. Aún más, el lugar actúa como un vínculo, un punto de contacto e interacción entre los fenómenos mundiales y la experiencia individual: lo local y lo global se entrecruzan y forman una red en la cual ambos elementos se transforman como resultado de sus mismas interconexiones. Se mire por donde se mire, el lugar, el territorio, está cada vez más presente. El poder de la identidad no desaparece en la era de la información, sino que se refuerza. Vivimos plenamente inmersos en esta paradoja territorial: cuando parecía que estábamos destinados a todo lo contrario, asistimos a un excepcional proceso de revalorización de los lugares que, a su vez, genera una competencia entre ellos inédita hasta el momento. De ahí la necesidad de singularizarse, de exhibir y resaltar todos aquellos elementos significativos que diferencian un lugar respecto a los demás, de «salir en el mapa», en definitiva. Y el paisaje es uno de estos elementos.

El paisaje es el resultado de una transformación colectiva de la naturaleza; es la proyección cultural de una sociedad en un espacio determinado. Y no sólo en lo referente a su dimensión material, sino también a su dimensión espiritual y simbólica. Las sociedades humanas, a través de su cultura, transforman los originarios paisajes naturales en paisajes culturales, caracterizados no sólo por una determinada materialidad (formas de construcción, tipos de cultivo), sino también por la translación al propio

paisaje de sus valores, de sus sentimientos. El paisaje es, por tanto, un concepto enormemente impregnado de connotaciones culturales y puede interpretarse como un dinámico código de símbolos que nos hablan de la cultura de su pasado, de su presente y quizás también de su futuro. La legibilidad semiótica del paisaje, esto es el grado de descodificación de sus símbolos, puede ser más o menos compleja, pero está ligada, en cualquier caso, a la cultura que los produce.

El paisaje es, a la vez, una realidad física y la representación que culturalmente nos hacemos de ella; la fisonomía externa y visible de una determinada porción de la superficie terrestre y la percepción individual y social que genera; un tangible geográfico y su interpretación intangible. Es, a la vez, el significado y el significante, el continente y el contenido, la realidad y la ficción. No vamos mal encaminados si entendemos el paisaje como un escenario natural mediatizado por la cultura. Escritores, poetas y pensadores han entendido perfectamente esta significación dual del paisaje, al que han visto, a menudo, como el espejo del alma en el territorio. El filósofo y escritor chino Lin Yutang (1895-1976), uno de los principales introductores de la filosofía oriental en el mundo occidental, lo resumía con este simple aforismo: «La mitad de la belleza depende del paisaje y la otra mitad de quien lo contempla». Pocos años antes, Henry-Frédéric Amiel, pensador francés, había escrito que «el paisaje es un estado del alma», algo que los pintores románticos (por ejemplo un Caspar Friedrich) intentaban trasladar a sus cuadros. La dimensión visual es una parte esencial de la idea de paisaje, desde sus orígenes hasta hoy en día, aunque el paisaje no es solo algo visible, sino que está hecho también de sonidos, de olores, de tactos, de multitud de impresiones sensoriales cargadas todas ellas de contenido espacial y temporal.



El paisaje es cultura y, precisamente por eso, es algo vivo, dinámico y en continua transformación, capaz de integrar y asimilar con el tiempo elementos que responden a modificaciones territoriales importantes, siempre y cuando estas modificaciones no sean bruscas, violentas, demasiado rápidas ni demasiado impactantes. Como afirma el geógrafo italiano Eugenio Turri, «las modificaciones del paisaje en el pasado eran lentas, pacientes, al ritmo de la intervención humana, prolongadas en el tiempo y fácilmente absorbidas por la naturaleza de los hombres; el nuevo elemento se inserta gradualmente en el cuadro psicológico de la gente. Pero cuando esta inserción es rápida, como en los últimos años, la absorción se hace más difícil» (1979, p. 36). El problema no reside en la transformación *per se*, sino en la intensidad y carácter de dicha transformación: éste es el *quid* de la cuestión. La incapacidad para saber actuar sobre el paisaje sin destruirlo, sin romper su carácter esencial, sin eliminar aquellos aspectos que le confieren continuidad histórica, es uno de los dramas de nuestra civilización. Excepto contadas excepciones, no se sabe alterar, modificar, intervenir sin destruir. Y cuando se destruye un paisaje, se destruye la identidad de aquel lugar. Conviene recordarlo: todo paisaje está indisolublemente unido a una cultura y esta cultura ocupa una porción determinada de la superficie terrestre que hemos denominado, genéricamente, región.

Hallamos ya esta vieja trilogía paisaje-cultura-región en los estudios geográficos de principios del siglo XX. En efecto, una de las primeras y más importantes escuelas geográficas centradas en el paisaje es la llamada *Landschaftgeographie*, una tradición geográfica nacida a finales del siglo XIX en Alemania y caracterizada básicamente por el hecho de concebir la geografía como una «ciencia del paisaje». Era una escuela preocupada fundamentalmente por el estudio y la clasificación adecuada de las formas de los paisajes, sin olvidar la huella del ser humano.

Hay ahí una clara asociación de ideas entre paisaje y región, ya que toda región se traduce en un paisaje, hasta el punto que ambos conceptos terminan siendo casi sinónimos. Algo similar ocurre en la rica tradición geográfica francesa del final del siglo XIX, la llamada escuela regional francesa o escuela vidaliana, expresión que indica el fuerte liderazgo ejercido por uno de sus principales fundadores, Paul Vidal de la Blanche, con quien se inspira, por cierto, el geógrafo catalán por excelencia, Pau Vila. En la tradición geográfica francesa original, el paisaje es la fisonomía característica que nos revela una porción del espacio concreta —una región— y la distingue de otras regiones. De aquí que en la geografía regional francesa encontremos una asociación parecida entre paisaje y región a la que observábamos en la escuela alemana. Es en la región donde cristalizarían las relaciones ser humano-naturaleza. La interpretación

ser humano-naturaleza daría a la región un carácter distintivo que la haría única, irrepetible y que se visualizaría, se materializaría a través del paisaje. En este sentido, la tarea del geógrafo consistiría en ofrecer una visión sintética y holística de los elementos que conforman el carácter de la región, desde el relieve y el clima al tipo de poblamiento. Esta tarea no es nada fácil y exige una excelente formación y además un cierto *esprit de finesse*, es decir una cierta sensibilidad artística, capacidad intuitiva y dominio del lenguaje. He aquí, en definitiva, la vieja trilogía paisaje-cultura-región. Quizá fuera bueno que nos planteásemos como tendría que ser reinterpretada esta misma trilogía en un contexto de globalización acelerada como el que estamos viviendo.

De la misma manera que en la vieja Europa hemos aprendido desde hace tiempo a conservar el patrimonio histórico y monumental de decenas de cascos urbanos centenarios, sin que ello nos haya impedido avanzar en la experimentación de nuevas formas arquitectónicas y urbanísticas, tendríamos que aprender a mantener la identidad de la excepcional variedad paisajística europea, sin que esto impida apostar por el diseño y la creación de nuevos paisajes. Es muy importante, por poner sólo un ejemplo, mantener la identidad de los paisajes agrarios, por razones de carácter económico, social, cultural y patrimonial. Aunque hoy en día la población europea sea mayoritariamente urbana, los paisajes rurales ocupan un lugar muy importante en la conciencia y en el imaginario colectivo europeo, como ha demostrado no hace mucho



David Matless (1998) en su libro *Landscape and Englishness*. Tanto es así que la propia Política Agrícola Comunitaria, que contribuyó en una primera fase a la creciente homogeneización de muchos paisajes europeos, intenta ahora reconducir la situación incorporando la diversidad paisajística como una de sus líneas de actuación, quizá para evitar el fenómeno del que se quejaba el escritor Juan Cueto, con ironía contenida, cuando escribía:

«Esto no era lo prometido. Nos habían dicho que sólo sería única la moneda... Pero no nos habían dicho nada del paisaje europeo único. Mucho antes de que hayamos metido un euro en el bolsillo, nos han metido por los ojos un nuevo paisaje. Habrá que acostumbrarse, pero su omnipresencia en la ventanilla de mi autobús, de momento, me deja frío... El principal problema es que a este flamante paisaje europeo le faltan referencias literarias, pictóricas y filosóficas... Es un paisaje de autor (el *copyright* es de Bruselas), pero sin autores que lo hayan contado, pintado, filosofado, filmado o retratado. Por eso no funciona como paisaje, no te dice nada, se estrella contra la ventanilla, te da sueño.... Antes eran los autores los que buscaban paisajes, ahora es un paisaje en busca de autores» (*La Vanguardia Magazine*).

George Steiner (2004), uno de los pensadores europeos más lúcidos de los últimos decenios, ha escrito hace poco un libro titulado *The Idea of Europe*, donde expone lo que para él es Europa, resaltando cinco aspectos comunes, cinco aspectos identitarios compartidos. Pues bien, uno de ellos es el paisaje, no este paisaje homogeneizado del que se quejaba Juan Cueto, obviamente, sino el hecho de que el paisaje europeo, a diferencia del de otras latitudes, es, por definición, un paisaje civilizado, culto, en el sentido que responde a una milenaria interacción entre naturaleza y cultura.



Es un paisaje pensado para caminar, hecho a la medida del hombre, enormemente diverso, pero siempre con un punto de civilidad, de historia acumulada.

Y, como parecería que este aspecto que resalta Steiner está hoy en día en peligro, hay quien cree que es necesario pensar en el futuro del mundo rural desde unas nuevas bases. En efecto, han cambiado los usos del suelo, las actividades socioeconómicas, las telecomunicaciones, las nociones de espacio y de tiempo; todo esto —y más— es cierto, pero sigue habiendo algo que asociamos a la idea de lo rural. En el libro *L'identité de la France*, el gran historiador Fernand Braudel (1986) se muestra muy preocupado por esta cuestión, incluso más preocupado que por la inmigración, que ya es decir, en un país como Francia. Según Braudel, en Europa siempre ha habido inmigración (y ya no digamos emigración), pero nunca hemos visto una Europa sin campesinos... y estamos a punto de verla. Y no se puede olvidar que la sociedad rural ha sido hasta ahora la principal productora (al menos en referencia a su extensión) de paisajes (de paisajes culturales, «identitarios»). Y no se puede olvidar, tampoco, que los paisajes agropecuarios, a diferencia de lo que habitualmente se piensa, contienen —y mantienen— una gran diversidad de flora y de fauna. La extensión del bosque en la Europa meridional a lo largo de los últimos treinta años ha incrementado la masa forestal, como resultado de la emigración campo-ciudad y de la pérdida de peso relativo del sector primario en el conjunto de la economía, pero ha disminuido, de hecho, la biodiversidad, al haber quedado mucho más reducido y homogeneizado el paisaje agropecuario por la eliminación de pastos y la sustitución de unos cultivos por otros.

No sólo por razones identitarias y ecológicas tendrían que conservarse adecuadamente los paisajes agrarios, sino también por razones económicas, del propio sector —que ahora no comentaremos, pero que son obvias— y de otros sectores que podrían sacar partido, como el turístico. En efecto, la mayor parte de destinos turísticos del sur de Europa, del litoral a la montaña, están rodeados de paisajes agrarios, que deberían ser vistos como excelentes aliados y como complementos idóneos al producto turístico dominante. El valor ecológico (a menudo con una clara función añadida de conectores ecológicos) y paisajístico de estos espacios es muy elevado, por lo que es especialmente oportuno e inteligente mantenerlos, evitando que sean engullidos por el espacio construido, ya sea en forma de viviendas, de infraestructuras o de servicios destinados al ocio. Es necesario evitar la pérdida de diversidad paisajística de los espacios agrarios, unos espacios —en especial los próximos a áreas turísticas y urbanas muy densas— sometidos a una doble e intensa



presión. Por un lado, para recalificar suelo; por otro, por tener que actuar de «contenedor» de aquellos equipamientos e infraestructuras que exportan hacia su corona las áreas turísticas y urbanas centrales. Ambos procesos generan fracturas territoriales y degradan el paisaje agrario, salpicándolo de usos diversos y a menudo incompatibles que echan a perder su fisonomía y rebajan su calidad estética.

La dispersión del espacio construido y, muy especialmente, la urbanización difusa ha provocado una fragmentación territorial y paisajística preocupante. El crecimiento urbanístico desorganizado, espacialmente incoherente, desordenado y desligado de los asentamientos urbanos tradicionales esta aniquilando la lógica territorial de buena parte del país. Esta dispersión del espacio construido, junto con la implantación de determinadas infraestructuras pesadas, así como la generalización de una arquitectura de baja calidad estética —en especial en algunas áreas turísticas—, está generando unos paisajes mediocres, dominados cada vez más por la homogeneización, la repetición, la clonación, la artificialización, la tematización, la festivalización, la banalización. La uniformización y la falta de calidad y originalidad del tipo de construcciones mayoritarias está generando un paisaje insensible y lleno de inautenticidad, en especial en los espacios suburbanos, periféricos, de transición, en los cuales menudean y se multiplican construcciones-escaparate, en las vías de entrada de pueblos, villas y ciudades. Hay pocos paisajes tan sórdidos y perturbadores como los que dan entrada

a los núcleos de población. Es en estos paisajes híbridos, mestizos, de contacto y transición entre los paisajes más propiamente urbanos y los más propiamente rurales en los que la sensación de confusión y desconcierto se vive con más intensidad. Asistimos a la emergencia de territorios sin discurso y de paisajes sin imaginario.

Por todo ello, ha llegado la hora de una nueva cultura de la ordenación del territorio basada en la gestión prudente y sostenible de los recursos naturales, en un tratamiento nuevo e imaginativo del suelo no urbanizable y del paisaje en su conjunto y en una nueva forma de gobierno y de gestión del territorio basada en el diálogo y la concertación. Andamos escasos de sensibilidad paisajística. Deberíamos dar la vuelta a una frase que Julián Gracq escribió hace tiempo: «tantas manos para transformar este mundo, y tan pocas miradas para contemplarlo». Es necesario impulsar una sensibilidad, una cultura, una «conciencia de paisaje» que nos permita ser capaces de disfrutar mirando el paisaje, como reclamaba Julián Gracq. Hemos conseguido, con mucho esfuerzo, una cierta «conciencia ambiental», que ha penetrado, con más o menos convencimiento, en las capas dirigentes del país y también en amplias capas de la población. Es esta conciencia ambiental la que ha permitido proteger, a través de figuras jurídicas diversas, determinadas porciones del territorio especialmente valiosas por su riqueza ecológica. Ahora es necesario ir más allá y superar esta visión protectora del territorio en forma de manchas de aceite; es decir, espacios naturales protegidos dispersos por el territorio y, en el mejor de los casos, conectados por corredores biológicos. Es necesario imbuirnos de una conciencia de paisaje similar a la conciencia ambiental descrita que nos permita disfrutar de la simple contemplación de los paisajes que nos rodean, no para atraer más turistas, no por ninguna acción especial derivada de un ambicioso plan estratégico, sino, simplemente, porque es un hecho mil veces demostrado que un entorno físico atractivo, agradable y estéticamente armónico genera una agradable sensación de bienestar, que aumenta notablemente la calidad de vida de los ciudadanos. La globalización no lo impide, si hay voluntad política para filtrar su impacto potencialmente homogeneizador.

Referencias bibliográficas

Braudel, Fernand . *L'IDENTITÉ DE LA FRANCE*. Paris: Arthaud, 1986.

Matless, David. *LANDSCAPE AND ENGLISHNESS*. London: Reaktion Books, 1998.

Nogué, Joan. *LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL PAISAJE*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2007.

Nogué, Joan; Vicente, Joan. *GEOPOLÍTICA, IDENTIDAD Y GLOBALIZACIÓN*. Barcelona: Ariel, 2001.

Nogué, Joan; Romero, Joan. *LAS «OTRAS» GEOGRAFÍAS*. València: Tirant lo Blanch, 2006.

Steiner, George. *THE IDEA OF EUROPE*. Amsterdam: Nexos Institute, 2004.

Turri, Eugenio. *SEMIOLOGIA DEL PAESAGGIO ITALIANO*. Milano: Longanesi, 1979.